

José Antonio Fernández López. *Problemas fundamentales de la filosofía medieval. Una lectura contemporánea*. Madrid: Guillermo Escolar, 2025. 464 p. ISBN: 9788419782878. Paperback: 24€

Reseñado por SERGI CASTELLÀ MARTÍNEZ

Universitat Pompeu Fabra

sergi.castella@upf.edu

Independientemente de su capacidad de penetración en los planes de estudio de los grados de filosofía o humanidades, es hoy en día y desde hace décadas bien conocido que la época convencionalmente llamada “medieval” contiene, en los planos diacrónico y sincrónico, una pluralidad insoslayable de tradiciones, doctrinas y planteamientos contrapuestos e interrelacionados. La mayor virtud de este libro es servir de complemento a la convencional exposición diacrónica de escuelas y pensadores, desde Agustín hasta el siglo XIV, por medio de una aproximación sintética pero detallada a las más influyentes contribuciones de los pensadores medievales en aquello que el autor identifica como los asuntos clave que los empujaron al ejercicio filosófico: la asunción de las tradiciones filosóficas paganas, la relación entre la fe y la razón, la imagen del mundo en tanto que creado por Dios, el alcance del conocimiento humano, el problema de los universales, la justificación racional de la existencia de Dios y la dialéctica entre la libertad y la gracia.

En este sentido, la máxima preocupación de Fernández López es identificar aquellas cuestiones que permiten comprender la complejidad del llamado “propósito religioso” de la filosofía medieval, “el de hacer inteligibles las proposiciones de la teología” (p. 13), tanto en cuanto a los distintos modos de armonización de los métodos y resultados de la investigación teológica y filosófica como a los modos de argumentación de la trascendencia que habilitaron un desarrollo autónomo de la filosofía al margen de la revelación. Uno de los méritos principales del libro es la clara exposición de la relevancia de estas cuestiones para sus protagonistas, todos ellos figuras canónicas de la disciplina. El limitado espacio impide que comparezcan en las discusiones representantes de la revolución filosófica y teológica expresada en lenguas neolatinas, como Marguerite Porete o Jan van Ruusbroec.

El libro se abre con “Una breve panorámica histórico-filosófica” (pp. 29-83) que ubica los temas en sucesión diacrónica y razona la necesidad de cristianos, judíos y musulmanes de servirse de los esquemas y métodos de pensamiento helenos, a fin de poder comunicar y enseñar las vías de purificación y de acceso a la salvación reveladas por los textos sagrados. Es muy notable el esfuerzo, a lo largo de todo el volumen, de integrar a filósofos de los tres principales cultos abrahámicos en la discusión. Si bien breve, la inclusión de pensadores menos conocidos, como el aviceniano andalusí Ibn Tofayl (s. XII) o el peripatético crítico Hasdai Crescas (s. XIV), líder de la comunidad judía de la Corona de Aragón, sirve para mostrar por un lado la diversidad general de matices y propuestas

acerca del primer motor inmóvil (pp. 181-182) o de la unidad neoplatónica (pp. 227-228), y por otro lado la entreverada dinámica filosófica de cada tradición religiosa. Dicho de otro modo, la exposición de Fernández López no subordina a Maimónides y Averroes al papel de intermediarios o interlocutores de la tradición filosófica cristiana.

Los dos primeros capítulos de los “Problemas” (pp. 91-114; 115-157) se ocupan del nacimiento del sentido del filosofar medieval, es decir, las razones que llevan a interpretar la Sagrada Escritura a la luz del neoplatonismo, el peripatetismo y el estoicismo, así como al contraste de la especulación acerca de la realidad psíquica, física y metafísica con el dato revelado. Fernández López reseña la novedad dogmática del cristianismo al habilitar la comunicación entre lo divino y lo humano por medio de la Encarnación, y comprende la asunción de las estructuras conceptuales de la gnoseología y metafísica helenas como medios aptos para satisfacer las necesidades comunicativas de una religión en expansión: primero, la misión apologética ante las dilatadas tradiciones paganas, y, a partir del concilio de Nicea, la custodia y justificación racional, en permanente estatuto de polémica, de la ortodoxia doctrinal en tanto que enseñanza. Es especialmente interesante la exposición del tránsito del significado de la “fe” entre el hebreo *emuná* y el griego *pistis*, por el que el sustento fiducial comunitario de raigambre judía recibe “una caracterización conceptual mediada por la metódica del pensamiento griego” que desemboca en el desarrollo de una dogmática racional y dialéctica (pp. 96-97). Y al inicio del capítulo segundo, acerca de la dialéctica fe-razón, es igualmente importante el recordatorio de la constante espiritual que recorre la empresa filosófica en la Edad Media: “el que las cosas no se agotan en la función inmediata con la que las percibimos, en su forma fenomenológica, en que todo remite a una dimensión trascendente” (p. 115). Así, Fernández López exhibe el reto filosófico mayúsculo que suponía la consideración religiosa del mundo como exuberante obra de Dios y su simultáneo ocultarse, lo que impulsó la percepción neoplatónica y agustiniana de la mutua dependencia entre el descubrimiento de la verdad y el acceso a la salvación. El capítulo muestra con habilidad cómo la indicibilidad de Dios devino estrategia dialéctica para la armonización de la función racional humana como *ancilla theologiae*, y también cómo este mismo presupuesto religioso fue crucial para la separación de ambas disciplinas académicas, en Averroes o en Guillermo de Ockham. A pesar del carácter sintético de los capítulos, Fernández López matiza con efectividad la atribución de la llamada “doctrina de la doble verdad” a Averroes: “Todo conflicto entre la Ley divina y la verdad filosófica demostrada es aparente y superable, consecuencia de una incorrecta hermenéutica del texto sagrado o de una excesiva literalidad en su estudio” (p. 137).

El tercer capítulo (pp. 159-204) sigue la cuestión de los límites del discurso racional, en relación con el conocimiento del mundo en base al presupuesto de su creación por Dios. El encaje de la pluralidad del mundo y un Dios infinito, y la existencia del mal, son los problemas que impulsan los distintos modos de dualismo neoplatónico pero también el trabajoso encaje categorial peripatético del Creador en la continuidad del ser. Así, Fernández López muestra cómo el fracaso de la “símbiosis entre el dato revelado y el conocimiento científico” propició “el desarrollo de una ciencia cada vez más

independiente del corpus de verdades religiosas” (p. 187). El capítulo cuarto (pp. 206-260), centrado en las alternativas gnoseológicas, resigue el hilo rojo de la polémica filosófica fundamental entre el iluminismo neoplatónico y el peripatetismo acerca del lugar en el que se halla la verdad de las cosas, si dentro del alma o en la naturaleza misma. Así resume el autor la doctrina epistemológica aristotélico-tomista: “La acción de los cuerpos sobre los sentidos del sujeto que los percibe depende del hecho de que la naturaleza de las cosas físicas está realmente en ellas” (p. 238). A partir de la exposición de la metódica abstracción tomista y de la acentuación de la cognoscibilidad de los individuos en Escoto y Ockham, se da la transición, en el quinto capítulo (pp. 261-298), al problema de los universales. En esta sección, Fernández López recuerda la centralidad de Boecio tanto para realistas como para nominalistas. Trata el irrealismo de Abelardo –“la universalidad es meramente lingüística, no una característica del mundo” (pp. 279)– y el conceptualismo tomista, que abstrae los universales de los particulares a los que los sentidos y la razón tienen acceso, y dedica un gran esfuerzo a exponer el tránsito de los universales en Ockham, entendidos como conceptos predicados y no cosas, pasando así del ámbito de la ontología a la lógica.

El sexto capítulo (pp. 299-367) recopila los principales argumentos de la existencia de Dios. Al inicio, el autor razona por qué algo que no era concebido como un problema esencial para los creyentes atrajo la atención de tantos filósofos: “Al hombre dotado de razón le compete, mediante la reflexión y la argumentación, aproximarse al conocimiento de su existencia, una búsqueda aleñada, en cualquier caso, por la certeza fiducial, la consistencia del propio entendimiento humano y su búsqueda de una ultimidad que lo trascienda más allá de la finitud” (p. 301). El último capítulo (pp. 369-416) se adentra en la dialéctica entre la libertad de dicho ser finito y la gracia de un Dios presciente. Tras destacar el tono antideterminista de la Biblia, Fernández López señala el fundamento agustiniano de la comprensión de la gracia como precondición de la libertad, y no como objetivo. Además, desmenuza los argumentos de Tomás y Escoto acerca de la voluntad y la tendencia humana al bien, certificada por la posibilidad radical de su negación.

El libro no ofrece una recapitulación acerca de la “lectura contemporánea” de la historia de la filosofía medieval. Fernández López ha diseminado esta función, “en forma de introducción, corolario o contrapunto” (p. 25), a lo largo del libro. Al acentuar la pluralidad interna de las tradiciones filosóficas y religiosas de la Edad Media, así como su interrelación permanente, el autor se ha propuesto –y consigue– no condicionar la selección de “problemas” a aquellos que pudieran ser percibidos como “problemas contemporáneos”. De este modo, una pluralidad de autores modernos comparece en las páginas del libro, como Alfred North Whitehead, Hannah Arendt y Noam Chomsky, poniendo así de manifiesto la “intempestividad” de los pensadores medievales y “afirmando una diacronía creativa más allá de todo anacronismo” (pp. 15-16). Por ello, y además de deber ser prescritos en los cursos de filosofía medieval, los “problemas” de este libro deberían hallar algunos de sus más atentos lectores entre los estudiantes e investigadores del pensamiento contemporáneo.